

Luis Cernuda

# CARTAS DESDE EL EXILIO

JOSE LUIS CANO

**E**N su ensayo autobiográfico *Historial de un libro*, de enorme interés para conocer algo de su actitud ante la vida y la poesía, confiesa Luis Cernuda que «hay en él una veta protestante y rebelde, que creo debe tenerse en cuenta al leer algunos de mis versos». En una carta que me escribió desde México en diciembre de 1953, comentando unos artículos sobre su poesía que aparecieron en revistas americanas, insistía en «el lado de sombra, la protesta, la rebeldía, que había en su obra». Y añadía: «Yo creo que ahí reside el motivo principal de cuanto he escrito.» Sin duda estas palabras de Cernuda eran una reacción motivada por el hecho de que yo destacara en uno de aquellos artículos la veta nostálgica, la voz melancólica andaluza, olvidando aquella otra rebelde. A ello parece aludir Cernuda cuando al comienzo de su poema «Diptico español», incluido en su último libro, *Desolación de la quimera*, escribe estos versos:

Quando allá dicen unos  
que mis versos nacieron  
de la separación y la nostalgia  
por la que fue mi tierra,  
¿sólo la más remota oyen entre mis  
[voces?  
Hablan en el poeta voces varias:  
escuchemos su coro concertado  
en donde la creida dominante  
es tan sólo una voz entre las otras.

En otra carta posterior, escrita en México, en mayo de 1954, me preguntaba: «¿Crees que yo siento esa nostalgia de Andalucía que tú me atribuyes?» Y añadía: «Yo no la siento en absoluto.» Quizá referida a la fecha de esta carta, 1954, podía ser cierta esta afirmación de Cernuda, pero no lo es si pensamos en los primeros años de la posguerra, en que esa nostalgia es evidente para el que lea sus primeros libros del exilio: *Las nubes*, *Ocnos*, *Como quien espera el alba*. El mismo nos confiesa en su ensayo autobiográfico «Historial de libro», recordando sus primeros meses en Londres, primera etapa de su largo exilio: «Movido por la nostalgia de mi tierra, sólo pensaba en volver a ella, como si presintiera que, poco a poco, me iría distanciando hasta llegar a serme indiferente volver o no.» Y esto fue, en efecto, lo que ocurrió. En su exilio inglés, reciente aún la tragedia de la guerra, aquellos sucesos dramáticos enturbiaban su vida diaria, y la muerte trágica de García Lorca, uno de sus mejores amigos, no se apartaba de su mente.



Luis Cernuda, joven.

Surgen entonces una serie de poemas angustiados por la suerte y la preocupación de su patria. Son los que formarían su libro *Las nubes* y parte de *Como quien espera el alba*. Pero con el paso de los años, ya en América, el mismo Cernuda nos confiesa que esa preocupación patriótica no la volvió a sentir nunca más, aunque todavía recuerda con nostalgia la belleza de su tierra, como en este poema, «Tierra nativa», de su libro *Como quien espera el alba*:

Es la luz misma, la que abrió mis  
[ojos  
Toda ligera y tibia como un sueño,  
Sosegada en colores delicados  
sobre las formas puras de las cosas.

El encanto de aquella tierra llana,  
Extendida como una mano abierta,  
Adonde el limonero encima de la  
[fuente  
Suspendía su fruto entre el ramaje.

El muro viejo en cuya barda abría  
A la tarde su flor azul la enredadera,  
Y al cual la golondrina en el verano  
Tornaba siempre hacia su antiguo  
[nido

El susurro del agua alimentando,  
Con su música insomne en el silencio,  
Los sueños que la vida aún no  
[corrompe  
El futuro que espera como página  
[blanca

Todo vuelve otra vez vivo a la  
[mente  
Irreparable ya con el andar del  
[tiempo,  
Y su recuerdo ahora me traspasa  
El pecho, tal puñal fino y seguro.

Raíz del tronco verde, ¿quién lo  
[arranca?  
Aquel amor primero, ¿quién lo vence?  
Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo  
[olvida,  
Tierra nativa, más mía cuanto más  
[lejana?

Pero finalmente, preocupación y recuerdo iban a desaparecer en la conciencia del poeta. Hay en la relación de Cernuda con España una evolución semejante a la que puede experimentar el enamorado que sufre, con su amada, un trágico desengaño. La pasión inicial se va transformando en amargo desprecio, en desdén profundo, y finalmente en indiferencia. La antigua herida se ha cerrado, y así nos dice el poeta en un breve poema de *Con las horas contadas*:

Tu tierra está perdida  
para ti, y hasta olvidas,  
por cerrada, la herida.

La separación espiritual y material entre Cernuda y España se había consumado, aunque no, naturalmente, la relación entre Cernuda y la tradición literaria española. En un poema de *Desolación de la quimera* ataca duramente a la España cruel de los vencedores de la guerra civil, pero recuerda con gusto a una España distante en el tiempo, la España de las novelas y los «Episodios nacionales» de Galdós, lectura preferida de sus años adolescentes:

Hoy, cuando a tu tierra ya no  
 [necesitas  
 aún en estos libros te es querida y  
 [necesaria  
 más real y entresonada que la otra  
 («Díptico español»)

La amargura del exilio fue encoñándose y le llevó a ser injusto incluso con los amigos y compañeros de generación, a quienes había admirado y querido en otro tiempo. Los años que pasó en los Estados Unidos, como profesor de literatura española, no fueron nada felices. En las cartas que me escribió desde la Universidad de Mount Holyoke, en el Estado de Massachusetts, donde enseñó cinco años, no faltaban expresiones de descontento. «No puedo más con este aislamiento ni con este clima. Me marché a México a principios de junio», me escribía en mayo de 1951. México, donde solía pasar las vacaciones de verano, llegó a enamorarlo por completo. No sólo era el volver a escuchar su idioma, sino lo agradable del clima, y el encuentro de nuevo con el amor. En agosto del 51 me escribía: «Yo lo paso bien aquí, sin otra preocupación que la de tener que volver a Estados Unidos, donde no me hallo a gusto ni tengo una sola amistad.» Y en otra carta del mismo año: «Yo lo paso como nunca. Aunque ya no soy joven (48 años) creo que sólo he vivido estos días, que ahora es cuando estoy vivo, exceptuando claro, aquellos días en Málaga, hace años, cuando G. y yo nos enamoramos. Con el espectro de los Estados Unidos delante, vivo como si cada momento fuera el último, y agoté todas las posibilidades de goce ahora, cuando aún es tiempo.»

Pero en medio de la felicidad que México le daba, sentía a veces un temor: el de que esa felicidad durase poco. En otra carta de 1951, me escribía: «Me siento vivo aquí, después de tantos años de estancia en tierras extrañas. Pero siento a veces una horrible depresión, acaso porque veo que estos meses son sólo un paréntesis en el tedio y vacío de mi vida.»

Y en efecto, pronto tuvo que regresar a Estados Unidos, a su destino en la universidad de Mount Holyoke. Pero no tardó en desesperarse. «Los largos meses de invierno —escribe en



Con Adriano del Valle y Fernando Villalón en Sevilla.

su 'Historial de un libro', la falta de sol —un poco de sol puede consolarme de tantas cosas—, la nieve, que encuentro detestable, aumentaban mi malestar.» Y llegó un momento en que Cernuda decidió abandonar Estados Unidos y marchar a México. A pesar de que tenía un puesto de profesor bien pagado, y comodidades que no había tenido antes, renunció a todo. «El amor —nos confiesa en su 'Historial de un libro'— tiraba de mí hacia México. Con tanta más fuerza cuanto que siempre padecí del sentimiento de hallarme aislado y que la vida estaba más allá de donde yo me encontrara. De ahí el afán constante de partir, de irme a otras tierras, afán nutrido desde la niñez por lecturas de viajes a comarcas remotas. Y sólo el amor alivió ese afán, dándome la seguridad de pertenecer a una tierra, de no ser en ella un extranjero, un intruso.»

La desgana con que vivió los años que enseñó en Mount Holyoke, y que

se refleja en el título del libro que escribió entonces, *Vivir sin estar viviendo*, fue seguida por los años felices de México, y no sólo por volver a encontrar el amor —fruto de él fueron sus *Poemas para un cuerpo*, incorporados a su libro siguiente, *Con las horas contadas*— sino por volver a escuchar su lengua. En febrero de 1950 me escribía desde Mount Holyoke:

«Por Vicente Aleixandre debes saber que estuve en México el verano pasado, y que me enamoré de México como si fuera mi propia tierra. En realidad me gustó tanto y le tomé tanto cariño precisamente porque es para mí otra España. Iba a volver en Navidades pero sólo disponía de dos semanas, y el viaje en avión resultaba demasiado caro para tan breve estancia. Ahora sólo pienso en volver allá en junio. Entre tanto estoy escribiendo unos trozos en prosa, con algún poema también, donde trato de fijar mi imagen o visión de México. Sería

## LUIS CERNUDA

una colección muy breve, con el título quizá de *Concuerdas a México*. Veremos cómo resulta. Por lo menos me ayuda este trabajo a la espera del verano y la vuelta a México. Y a poner cariño en algo, que también es cosa que ayuda no poco.»

Un año después tendría terminado Cernuda ese libro de prosas sobre México, que acabaría titulado *Variaciones sobre tema mejicano*, cuya primera edición apareció en México en 1952 publicado por el editor Porrúa. Ya en un libro muy anterior, *Ocnos*, fruto de su primer exilio inglés, había demostrado Cernuda que estaba dotado como pocos para el cultivo de ese difícil género que es el poema en prosa.

En sus «Variaciones sobre tema mejicano», supo darnos en admirable prosa su amor a aquel país, el hechizo que experimentó ante el paisaje y la realidad de México: su tierra, sus gentes, sus pueblos. En México encontró Cernuda no sólo su propia lengua, que en sus otros exilios apenas había podido escuchar, sino otras cosas que le recordaban, entrañablemente, las de su propia tierra: Andalucía. «El fondo sensual y religioso de tu país —se dice a sí mismo en una página del libro— está aquí; el sosiego remansado de las cosas es el mismo; la tierra, labrada igual, se tiende en iguales retazos tornasolados; los cuerpos esparcidos por ella, cada uno con dignidad de ser único, apenas son más oscuros que muchos de tu raza, acaso más misteriosos, con un misterio que incita a ser penetrado.» El ocio lento, la milenaria indolencia de los andaluces, son los mismos que contemplara Cernuda en los pueblos y los campos de México. Y hasta muchos rincones solitarios, extraños en su desierta inmovilidad, le recordaban el misterioso encanto de otros que había encontrado en las ciudades y los pueblos andaluces. En su peregrinar por las tierras mejicanas visita el poeta un convento y penetra en su patio. Es un patio con una fuente en el centro y naranjos en torno, un patio «lleno de sol y de calma, de calma filtrada por los siglos, de vida apaciguada». Y en aquel recóndito y solitario lugar, reconoce algo nativamente suyo, o que fue suyo al menos en otro tiempo. Y entonces vuelve el poeta a decirse: «En tierra bien distante, pasados los mares, hallas trazado aquí, con piedra, árbol y agua, un rinconcillo de la tuya, un rinconcillo andaluz.» Todo contribuye, pues, a que Cernuda, con diez años de exilio a cuestas, crea encontrarse de nuevo, si no en su propia tierra, sí en una semejante, hermana física y espiritual de la suya.

Pero Cernuda iba a sentir en Mé-

xico, no sólo felicidad y sorpresa, sino también un orgullo legítimo en su condición de español. Orgullo, en primer lugar, de su lengua nativa, tan extendida por el inmenso continente americano. «¿Cómo no sentir orgullo —se pregunta Cernuda en una página de ese libro— al escuchar hablada nuestra lengua, eco fiel de ella y al mismo tiempo expresión autónoma, por otros pueblos al otro lado del mundo? Ellos, a sabiendas o no, con esos mismos signos de su alma que son las palabras, mantienen vivo el destino de nuestro país, y habrían de mantenerlo aún después que él dejara de existir...»

Si los años de México fueron más agradables para Cernuda que los de su primera etapa en los Estados Unidos, también tuvo sus problemas, el primero el de su mala situación econó-

mica. En diciembre de 1956 me escribía desde México: «Yo no podría ir a Europa, excepto si hubiera seguido en Estados Unidos, es decir, con dólares y de vacaciones. Aquí no tengo (literalmente) donde caerme muerto. Creo que nunca fui tan pobre, y eso que el dinero y yo jamás hemos tenido algún conocimiento mutuo.» Y en otra carta del mismo año: «Yo ando de mudanza, pero espiritual; quiero decir que me siento trastornado y sin ánimo, ya que he tenido tres contratiempos serios en poco espacio: uno, que mi proyecto de irme a Nueva York para trabajar en la ONU fracasó; otro, lo de que Manolo Altolaguirre editase el libro (se refiere a una nueva edición de sus «Poesías completas») fracasado también; y un tercero, el más serio de los tres para mí, del cual prefiero no hablar.» Pienso



Luis Cernuda, retrato por Ramón Gaya.



Poco antes de morir, con Carlos Peregrín Otero, en Los Angeles.

que alude con esta última frase a una gran frustración amorosa: el acabamiento del amor que le hizo tan feliz en sus años mejicanos. Otras veces recuerda en sus cartas a ciudades españolas. Por ejemplo, en esta fechada en 1951: «Conozco Sigüenza muy bien, y siempre me pareció, en cuanto pequeña ciudad castellana, tan hermosa como Ronda, en cuanto pequeña ciudad andaluza. Pero al decir esto me acuerdo de Ciudad Rodrigo y de tantas otras ciudades hermosas, castellanas y andaluzas. Me alegra saber que el Doncel existe y que la guerra civil no acabó con él y con la catedral, donde sigue mirando musarañas poéticas sobre su libro, que no lee.»

También me hablaba, sabiendo mi interés por ellos, de amigos comunes, sobre todo de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, compañeros suyos de generación, que se hallaban como él, exiliados en México. De ambos acabó distanciándose, hasta perder casi la estima que sentía por ellos. La primera carta en que me habla de Emilio Prados es de noviembre de 1950. En ella me decía: «No sé por qué crees que se halla Emilio tan mal de salud. Parece estar, no mejor, pero tampoco peor que de costumbre. Anda, claro, de un médico a otro, aunque supongo que

eso lo hizo siempre. Y los médicos le encuentran unos padecimientos muy complicados, no mortales, cuyo tratamiento sigue por unos días, hasta que decide ocuparse de otra cosa. Yo en realidad no conocía antes a Emilio Prados; aceptaba sin discutirla su leyenda. Y ahora, que tengo más años, al encontrarle, me parece que la leyenda, excepto en lo menos favorable, no corresponde a la realidad. No creo que nadie le convenza de irse a Málaga. En primer lugar, México le gusta mucho, y tiene razón. Tiene, además, una especie de familia que él se ha formado, amigos a quienes ve a menudo, excepto cuando el humor se le vuelve contra ellos por unos días o meses. Una de mis mayores sorpresas es saberle uña y carne, ¿de quién dirás? de Domenchina.»

Pero un año después, en otra carta, parece más unido a Prados: «Emilio está en un estado de ánimo que no puede ser peor: es una especie de abstención de vivir. Le ve mucho.» Sobre Altolaguirre me escribía en junio de 1951: «Manolo Altolaguirre, dedicado a la producción de películas, no es ya Manolo Altolaguirre. Qué pena esta destrucción, con la edad, de lo mejor que había en nosotros. Vengo aquí, en parte, por recobrar mis ami-

gos de siempre, y apenas los reconozco. ¿Le pasará a ellos lo mismo conmigo?» Dos meses después me decía en otra carta: «Manolo convertido en hombre de negocios; Emilio convertido en una ruina moral y física. Y yo, sabe Dios en lo que estoy convertido.» E insistía en una carta posterior: «Manolo y Emilio están ya medio muertos, si no muertos del todo.»

Muy cordiales son, en cambio, las referencias a Vicente Aleixandre en sus cartas desde México: «Dile a Vicente Aleixandre —me decía en febrero de 1950—, que tengo que escribirle enviándole unas páginas de recuerdo que he escrito sobre él y nuestra amistad. Mi intención era que fueran equivalentes a otras que escribí sobre Federico.» Y cuando Juan Ramón Jiménez hizo un ataque malintencionado a Aleixandre en la revista cubana «Orígenes», Cernuda salió a la defensa de éste, no en balde consideró durante algún tiempo a Aleixandre como el mejor amigo que tuvo. En una carta de marzo de 1954 me escribía: «He escrito indignado a la revista 'Orígenes' por la publicación del ruin ataque que hace a Vicente Aleixandre ese viejo repulsivo que es Juan Ramón Jiménez. No hay allí sino envidia a Vicente; pero su bajeza y veneno es tal, que no pueden tolerarse. No sé si decirle algo a Vicente, a quien sin duda le habrá dolido mucho el tono personal de dicho ataque. Estoy en todo con él.» En efecto el ataque de Juan Ramón afectó mucho a Aleixandre, pues era más personal que literario. Sin embargo, prefirió no contestar, aunque desde ese momento perdió toda estimación por la persona de Juan Ramón, sin dejar de admirarle como poeta. Como es sabido el ataque de Juan Ramón provocó una escisión de la revista «Orígenes», que dirigían José Lezama Lima y José Rodríguez Feo. Este último, amigo fiel de Aleixandre, protestó del ataque, y Lezama dejó la revista, mientras Rodríguez Feo fundaba otra con el nombre de «Ciclón».

La amargura que rezuman las cartas de Cernuda desde el exilio, y también sus poemas —especialmente los de su último libro, *Desolación de la quimera*— fue, sin duda, fruto, no sólo de su situación de pobreza, a la que alude en una de sus cartas, sino, sobre todo, del injusto olvido al que, durante muchos años, estuvo sometido en su país. Consciente de la alta calidad de su poesía, no podía soportar que en su propia patria no se le concediese el rango al que creía tener derecho. Y cuando empezó de nuevo a tener lectores, y entusiastas, en España, ya era tarde. La herida no cicatrizó. J.L.C.